

Dijo Perón: "De aquel comunismo de militantes honestos y sacrificados ya no queda nada; el comunismo actual es un grupo de burócratas corrompidos por el capital imperialista, al servicio de intereses contrarios al pueblo trabajador y a la Patria."

Domingo Blajaquis era uno de esos militantes honestos y sacrificados de los que nos hablaba Perón: fue expulsado del Partido Comunista porque él, como otros compañeros suyos, vieron claramente como la burocracia de su partido echaba por la ventana todos los sacrificios de tantos militantes integrando la comparsa de Braden, a los abrazos con los Santamarina, los monseñor De Andrea, los patrón Costa, los Sanmartino, en la recordada "Marcha de la Constitución y la Libertad" de tilingos, renegados, cipayos y oligarcas, en contra -- como gritaban históricamente los Ghioldi y los Codo-vila-- de las hordas de descalzos y el "malevaje reclutado por la policía", que el 17 de Octubre iniciaría una nueva etapa política en el país. ¿No saludaron acaso desde el Luna Park la reorganización del Partido Conservador para destrozarse la bestia nazifascista de Perón?

Domingo Blajaquis, como militante del pueblo vió todo eso, lo palpó, lo sintió y lo gritó; antes o después no interesa; el caso es que abrazó la causa del Pueblo representada por Perón y el Peronismo. Y la abrazó como solamente puede hacerlo un revolucionario consciente, con alma y vida; primero la causa, después todo lo demás, incluso su vida.

Militante de la Juventud Peronista y partícipe de los cursos doctrinarios en 1955, poco antes del golpe fue detenido y encarcelado por la burocracia cómplice con la caída de Perón, por denunciar en un acto público, ante los discursos altisonantes de los burócratas y serviles, que no eran momentos de discursos, sino de llamar al pueblo peronista a las armas para enfrentar a los contrarrevolucionarios, complotados enemigos de Perón y de la Patria.

Después de la caída de Perón trabaja incansablemente en la organización del 9 de Junio, en la que actuó de enlace y coordinador en el sur del país cumpliendo órdenes de Buenos Aires. Traicionada y destrozada a sangre y fuego esa gloriosa y heroica gesta, fue perseguido y encarcelado, paseado por casi todas las cárceles de Buenos Aires y finalmente confinado en el sur, en la cárcel de Esquel, donde pasó diechocho meses con muchos hombres que eran, en aquellos tiempos, auténticos valores y que hoy, algunos de ellos, se han transformado en burócratas obsecuentes del grupo traidor a Perón, como el señor Gazzera.

Encanecido prematuramente, una vez recuperada su libertad se dedicó con el entusiasmo de siempre a realizar las tareas exigidas por Perón y el Peronismo, y todo el período de la Resistencia -- 4161, estado de sitio, de alerta, plan Conintes -- lo encontró en primera línea organizando y actuando contra el régimen.

Cuando Perón ordenó la reorganización del Partido Justicialista fue uno de los primeros en crear Centros de Acción Justicialista en especial en el circuito 34, de Gerli; pero su actividad no se detiene solamente en el marco del Centro: crea comisiones de solidaridad con los presos, redacta volantes, los reparte, colabora con todas las huelgas obreras de la resistencia y en las posteriores; en los hechos y no detrás de los escritorios ni en la mesa de café, reúne a los jóvenes de su circuito y con otros compañeros crea la Juventud Justicialista de Gerli, pone en contacto a los muchachos de Gerli con otras Juventudes de Avellaneda, y es uno de los forjadores de la Juventud Justicialista de Avellaneda.

Fue uno de los puntales en la organización del 18 de Marzo. Posteriormente levanta como armas ideológicas el Programa de Huerta Grande y los discursos de Framini de ese período ("No hay salida dentro del régimen capitalista", "No reconocemos al gobierno usurpador"), y todos esos escritos y discursos que fortalecieron el contenido ideológico de nuestro Movimiento.

Promueve acciones de masas, colabora con la C.G.T. de Avellaneda. Participa y da contenido ideológico al enfrentamiento de las bases contra la burocracia reformista partidaria, comprendida en el llamado "Frente del 7 de Julio" con Solano Lima, representante de la oligarquía, y con los frontizistas Gómez Machado, Silvestre Begnis, Calabrese, solicitantes ante el Congreso de la pena de muerte para los peronistas.

Después del 14 de marzo funda nuevamente un centro de Acción Justicialista en su circuito, el número cinco. Elabora un hermoso documento, histórico y revolucionario, en el que afirma que el triunfo electoral no es

el triunfo total del Movimiento sino un triunfo circunstancial que debía trasuntarse en una organización capaz de colocar dentro de los resquicios de este régimen corrompido "unacuña en cada grieta" que no permitiera cerrarlas para terminar de desmoronarlo; y terminaba el documento llamando a los peronistas a las tareas generales, partiendo de la única unidad posible y dinámica: la del trabajo peronista, que parte de la responsabilidad del peronista consciente hacia el Peronismo como Movimiento de Liberación Nacional y Social.

La tan mentada Lealtad, tan cacareada por la camarilla traidora de Vandor, era para él funcional, no declamativa. El comprendía y practicaba la lealtad en los hechos, como una línea de conducta; esa línea de conducta amplia y consecuente con los intereses del pueblo trabajador siempre en desarrollo, nunca estan cada como fuerza histórica, y no circunscripta solamente al plano nacional, sino como tantas veces dijera el Líder-- "en solidaridad con todos los pueblos del mundo que luchan por su liberación", contra el colonialismo, el neocolonialismo y contra toda la explotación universal; esa lucha que, como dice Perón, es nuestra lucha.

Los diarios y revistas sensacionalistas dicen que pasó intrascendentemente por la escuela industrial y la Universidad sin recibirse de nada, y que tenía pocos recursos económicos, que siempre vivió a saltos de mata, que su vida fue siempre agitada. Y es cierto. No era precisamente la su ya la situación que grazan los diarios y revistas que comercian con los dramas de nuestra Patria.

Es cierto, nunca tuvo nada, ni "llegó a nada" en el sentido que los burgueses dan a ese concepto. Ultimamente estaba terminando a costa de enormes sacrificios su "ranchito", como él decía, para "poder reunirnos más a menudo", pero lo cierto es que nunca tuvo nada, excepto su profundo amor por los humildes, su auténtica solidaridad y consecuencia con su clase.

Nunca "llegó a nada" porque nunca buscó la solución de sus problemas personales sino del conjunto, los de los humildes, siempre los humildes; pero sus valores morales, su capacidad intelectual, su inteligencia, ni los diarios ni las revistas del régimen ni los otros cómplices y usufructuarios del régimen las conocen ni las podrían comprender; solamente nosotros, sus hermanos políticos, sus hermanos militantes en la lucha social contra el sistema y quizá algún amigo, las conocemos y las valoramos.

Condiciones, valores morales, inteligencia, le sobraban, y tanto le sobraban que precisamente por eso nunca tuvo nada, ni llegó a nada; porque un auténtico revolucionario no llega a nada hasta que destroza al régimen corrompido y parasitario que nos explota e instaura una nueva sociedad acorde con el momento histórico.

Sus conocimientos de la historia y de las revoluciones mundiales, las diferentes escuelas filosóficas, la física, la química, la medicina, eran parte del conocimiento con que aclaraba nuestras dudas, nuestra ignorancia, nuestros interrogantes. Sus profundos conocimientos del Peronismo transformó nuestro peronismo emotivo en un peronismo consciente y militante. Era el que siempre tenía una respuesta optimista a nuestras preguntas pesimistas, el que terminaba cualquier discusión con un chiste inocente. Era el padre del grupo, nuestro "hermano mayor".

Tuvo también claridad para comprender con mucha anterioridad cómo la burocracia se transformaba en dique de contención de las masas. Ni a él ni a nosotros nos sorprendió la defección de la camarilla de traidores a Perón y a los trabajadores. Tenía un método correcto de análisis de la realidad. No padecía de terrorismo ideológico: comprendía y repetía que ésa era el arma del imperialismo y del régimen para mantener el oscurantismo, la confusión, la desorganización, el enfrentamiento entre compañeros de causa; que era un arma que también esgrime la burocracia reformista para perpetuarse; que era, en fin, un arma de todas las fuerzas espúreas que no nos dejan crecer ni desarrollar, que impide comprobar lo que es justo y lo que es injusto, lo que es cierto y lo que es mentira, que confunde las formas del régimen con su contenido explotador, que no deja organizar a las masas con objetivos claros y coherentes.

Ese era Domingo Blajaquis, nuestro griego. La muerte lo sorprendió trabajando por el pueblo trabajador, tratando de unir la lucha de nuestros hermanos del norte, de nuestros compañeros del interior, con nuestra lucha, tratando de quebrar ese carco de hielo e insensibilidad de la burocracia traidora. No murió peleando, murió asesinado a mansalva. Pero no es un mártir, es un héroe. Fue un militante más del ejército invencible del pueblo trabajador. Fue un revolucionario auténtico.